

UNA HISTORIA SOBRE EL VALOR

MARICHU RODRÍGUEZ

Farmacéutica comunitaria en Madrid.
Presidenta de SEFAC.



¿Les suenan estas palabras? “Su trabajo va a llenar gran parte de sus vidas y la única manera de sentirse realmente satisfecho es hacer aquello que creen que es un gran trabajo. Y la única forma de hacer un gran trabajo es amando lo que hacen. Si todavía no lo han encontrado, sigan buscando. No se detengan. Al igual que con los asuntos del corazón, lo sabrán cuando lo encuentren. Y al igual que cualquier relación importante, mejora con el paso de los años. Así que sigan buscando hasta que lo encuentren. No se detengan”. Pertenece a un ya mítico discurso del fallecido Steve Jobs en la Universidad de Stanford. Y confieso que yo había encontrado eso que amo. Confieso que había conseguido dedicarme a algo que creo es un gran trabajo: la farmacia comunitaria. Confieso que me gustaba. Mucho.

Recuerdo los años en los que estudiaba en la facultad, con la firme intención de dedicarme a mis pacientes, de ayudarles a que saquen el mayor partido posible a los medicamentos que utilizan... He disfrutado soñando con sesiones clínicas en el centro de salud de mi barrio para estudiar, con los médicos de atención primaria de mis pacientes, algunos casos complicados en los que los medicamentos no están resultando todo lo efectivos o seguros que a todos nos gustaría. Y he disfrutado, durante muchos años, desarrollando cada día mi vocación asistencial, dispensando los medicamentos como mandan los cánones, ocupándome de las consultas de mis pacientes y preocupándome por su salud, por la efectividad y seguridad de los medicamentos que toman, sintiéndome sanitaria al menos frente a ellos, que son los que hacen que mi profesión tenga sentido.

Pero ahora mi profesión no se parece en nada a eso que amo. Por las mañanas me despierto preocupada por cómo buscar la cuadratura del círculo que me permita retrasar un poco más el siguiente despido o el cierre de mi farmacia, porque los números no cuadran desde hace ya demasiado tiempo. Me desvelo bombardeada por tarjetas de fidelización, técnicas de venta cruzada, estrategias para fomentar la venta de parafarmacia o fórmulas para contrarrestar las agresivas

acciones de marketing que pone en marcha la farmacia de enfrente para quitarme un puñado de recetas más.

También me enfrento a las quejas y desánimo crecientes de mis compañeros, a la impotencia por los impagos de la Administración, al cabreo por las constantes muestras de desprecio que percibo hacia la labor de los farmacéuticos... Y, por qué no decirlo, a la rabia que me produce comprobar que, ante todo esto, la única solución que muchos colegas proponen es no hacer nada, no cambiar nada, mirar para otro lado, quejarse si acaso de vez

en cuando pero tampoco mucho... Esto, a fin de cuentas, no es otra cosa que dejar que esta profesión se desintegre al mismo ritmo en que unas farmacias se parecen cada vez más a locales de todo a cien, mientras otras pretenden maquillar su pérdida de identidad lanzándose a ofrecer todo tipo de servicios menos los únicos que nunca deberían faltar en una farmacia comunitaria, que son los relacionados con el medicamento.

Confieso que últimamente he tenido la tentación de arrojar la toalla. Pero, como soy incorregible, desde hace unas semanas he vuelto a tener ilusión por mi profesión. Me han dado una oportunidad de demostrar para qué estoy sobradamente preparada y por qué tantos pacientes necesitan mis conocimientos. Vuelvo a amar lo que hago y a creer que es un gran trabajo. Dispensar. La excelencia en la dispensación. Dando valor, dando salud, dando conocimiento, entregándome, que no es lo mismo que entregando, dando todo lo que soy: una profesional sanitaria experta en el medicamento.

No será fácil, no será sencillo, no será gratuito... pero la otra opción, la de claudicar, la de las ventas cruzadas y las tarjetas de fidelización, no me aporta nada, no me da ningún sentido, ningún valor. Ésa es la palabra clave: valor. El valor necesario para luchar por la farmacia comunitaria hasta las últimas consecuencias, y el valor que da la dispensación. Van de la mano. Si tú eres de los míos, de los que contestan orgullosos a la pregunta “¿usted, qué es?”, que no es lo mismo que preguntar “¿a qué se dedica?” o “¿qué ha estudiado?”... Tienes una dirección que tomar: www.elvalordeladispensacion.com. **FC**